

EL SITIO DE BREDA

SEGÚN LA RELACIÓN DE HERMANN HUGO (1)

por BARTOLOME BARBA HERNANDEZ
Coronel de Estado Mayor

ANTECEDENTES

Al iniciarse las hostilidades en Breda, la cuestión de Flandes es ya antigua: data de unos sesenta años. La cuestión de Flandes, vista a grandes rasgos, en su conjunto, a distancia, no es sino un episodio más de ese nacionalismo que tiende a parcelar a Europa frente a la voluntad imperial y católica, de esencia medioeval, cuya defensa ha asumido España desde los tiempos del Rey Emperador Carlos I: ese nacionalismo que se apoya en parte en la Reforma y que choca forzosamente con la idea unitaria de Felipe II, que no puede admitir otro Cristianismo que el de Roma. Lo demás, la liga de los nobles, sus reivindicaciones ante la Gobernadora Margarita de Parma, hermana del Rey, los motines, la dura represión llevada a cabo por el Duque de Alba, no son sino manifestaciones concretas de este estado de ánimo de quienes anteponen a todo su personalidad, su interés de clase o de nación frente a quien, habiendo heredado

(1) Hermann Hugo, nacido en Bruselas el 9 de mayo de 1588, ingresó en el Noviciado de la Compañía de Jesús de Tournai el 4 de septiembre de 1605. Fué primero Profesor de Humanidades de Amberes y Prefecto de estudios de Bruselas. Más tarde vino a España con el Duque de Arschot, de quien fué confesor, y a su regreso a Flandes desempeñó el cargo de Capellán de Ambrosio Spínola. No dejó de acompañarle en ninguna de sus expediciones militares, mostrando siempre la mayor sangre fría en los campos de batalla. Víctima de su celo, murió en Rhinberg, a consecuencia de una epidemia declarada en el campo español, el 12 de septiembre de 1629. (Backer-Sommervogel, *Bibliothèque de la Compagnie de Jesus*, IV, pág. 511.)

por línea directa la soberanía sobre Flandes, tiende a mantener unidos a sus súbditos en torno a la Iglesia y en la obediencia de su señor natural.

Y así la guerra se prolonga a través de los años con incidencias del tipo más vario, alimentándose de una parte en el tesón español, convencido de su razón y sus derechos, y de otra, en la voluntad indomable de los nobles flamencos, que renacen de sus cenizas después de cada derrota. Juan de Austria y Alejandro Farnesio, se suceden en el campo español, mientras en el contrario Guillermo de Orange deja paso a su hijo Mauricio de Nassau. Tan pronto parece casi todo perdido como restaurado por medio de un vigoroso empuje. Hay momentos en que sólo tres de las diez provincias se hallan sometidas al Rey de España; otros, en que la toma de Amberes, después de un sitio célebre y heroico (1585), vuelve a la obediencia a Bruselas, Nimega y el Brabante. El Conde de Mansfelt, el Archiduque Ernesto, el Conde de Fuentes, el Archiduque Alberto, hermano del Emperador, se suceden en el gobierno de Flandes. Hay para Felipe II un medio de dar la independencia a los Países Bajos reservándose la influencia sobre ellos, y ese medio consiste en ceder la soberanía a su hija Isabel Clara Eugenia, casándola con el Gobernador de Flandes, el Archiduque Alberto.

Pero no por eso cede la guerra; antes al contrario, de esta etapa es la batalla de las Dunas (1600), la rendición de Rhinberg y el famoso sitio de Ostende, tomado a pesar de los socorros de Enrique IV de Francia, de los príncipes alemanes, de la reina Isabel de Inglaterra y del Príncipe Mauricio de Nassau. En aquella ocasión Ambrosio Spínola obtenía su primera resonante victoria al entrar en Ostende en 20 de septiembre de 1604. Luego se sucederían las de Oldenzaal, Lingen, Lochen, Grol y Rhinberg (1606).

Poco después comenzaba la tregua de los Doce Años: según ella cada cual conservaría las ciudades que ocupase, y las Provincias Unidas serían reconocidas por los Archiduques y por el Rey de España, Felipe III a la sazón. Las negociaciones terminaron el 9 de abril de 1609. Cuando acabó la tregua, la guerra se reanudó, y fué precisamente Ambrosio Spínola quien, reinando Felipe IV, comenzó la campaña en 1622 apoderándose de Juliers. Precisamente en esta etapa de la larga contienda de Flandes, antes de que muriera en 1625 Mauricio de Nassau, se iniciaba el sitio de Breda.

DESCRIPCIÓN DE LA PLAZA

Casi en los últimos límites de Brabante, rodeada de la feraz campiña flamenca, levantábase la villa de Breda, no de las mayores, pues su recinto de cuatro mil pasos hubiera podido rodearse en poco más de una hora, pero cabeza de un distrito poblado por diez y siete aldeas. En ella se unían los ríos Merk y Aa, retenido este último en una esclusa para evitar que los fosos pudieran quedar secos al retirarse las aguas del Merk con la marea.

La plaza de Breda hubiera sido un triángulo rectángulo casi perfecto si el castillo (B) no hubiera desviado la hipotenusa con sus murallas, reparos, puentes, fosos y almacén (lámina I). En medio de la villa alzábase una torre desde donde se atalayaba el territorio y se podían recibir y transmitir señales (A); en torno suyo se agrupaban alrededor de 1.200 casas. Las murallas eran de tierra, salvo las puertas (H), edificadas de ladrillo en número de cuatro: una en cada ángulo, y la cuarta, que daba acceso al castillo. Sus cortinas o lienzos corrían entre quince baluartes provistos de artillería, y algunos con molinos de viento (L). Había dos plataformas para tirar desde ellas a distancia (I), y abajo, al pie de la escarpa, alzábanse tres reparos o defensas aunque más bajas (K): servían como de retirada, pasábase a ellas bajo la muralla y no se levantaban del agua de los fosos más de cuatro pies. Por la parte inferior corría una cerca de espinos (M) para cubrir la arcubeceria. En cuanto a los fosos eran de anchura desigual, y en ellos se alzaban catorce rebellines de forma triangular destacando en medio del agua (N). Tres de ellos se unían con la muralla por medio de puentes; dos servían como punto de arranque de los diques que dividían en el foso las aguas de ambos ríos, y había otro, en fin, que por un puente se comunicaba con el trozo de muralla correspondiente al castillo. Del lado exterior del foso, el camino cubierto corría sobre el talud de la contrascarpa a cinco pies de altura (O) y se complicaba en varias fortificaciones: cuatro menores (S), enfrente de cada una de las puertas, y mayores las demás (P): una en medio de la cortina mayor y las otras repartidas entre los vértices del triángulo que formaba la plaza y el frente del castillo. Llamaban en flamenco *horenwerk* a estas fortificaciones, aludiendo a su forma de tenazas o cuernos.

Todas estas defensas interiores y exteriores, se hallaban en tan buena disposición y correspondencia, que desde los lados y desde arriba podían protegerse las unas a las otras; y el contorno era tal, ya por naturaleza, ya por arte, que en muchas partes la plaza era inaccesible, bien por los pantanos o porque de improviso podía el paso interceptarse por medio del agua. Dos años antes del célebre sitio, Mauricio de Nassau había acabado de construir las murallas, baluartes, rebellines, reparos y fosos. Por su disposición y naturaleza, pretendiase hacer de la plaza de Breda una especie de ejemplo o prototipo: una academia de la militar disciplina.

BREVE HISTORIA DE BREDA

Primitivo patrimonio de los Duques de Brabante, vendida en 1350 por el Duque Juan III al Señor de Leck, Breda fué a parar a la casa de Nassau cincuenta y cuatro años después, como dote de Juana de Polaren en su matrimonio con el Conde Engelberto. A raíz de la rebelión de Guillermo, Príncipe de Orange, fué incorporada a la corona española por el Duque de Alba en 1567, y aun cuando a los diez años volvió a poder de los Nassau, obedeció de nuevo al Rey de España por otros nueve, hasta que Haraugiére ocupó el castillo y la villa por orden de Mauricio de Nassau—después Príncipe de Orange—, valiéndose del ardid de una barca que—como otro caballo de Troya—encubrió un número de hombres bastante para tomarla por sorpresa.

SITUACIÓN DE BREDA EN EL MOMENTO DE COMENZAR EL SITIO

Gobernaba a la sazón la villa, fortificada como está dicho, Justino de Nassau, hermano natural de Mauricio, hombre de larga experiencia en las cosas de la guerra, asistido por Juan van Aertssens, señor de Vermont, persona capaz de hallar remedio en casos repentinos y aun desesperados. La guarnición ordinaria constaba de dieciséis compañías de infantes—sin contar la que guardaba el castillo—y cinco escuadrones de caballería, en total 1.600 hombres; mas con el temor de la guerra añadiéronse ocho compañías de infantería. Podían tomar las armas en caso necesario hasta ochocientos vecinos,

al mando de Aertssens, Coronel de la gente del lugar. Tenían como provisión para el invierno, centeno, avena, queso y pescado salado, y los vecinos se hallaban advertidos de que almacenasen para un año, de modo que no fuese necesario tocar a la ración de los soldados.

LOS PRIMEROS MOVIMIENTOS

El Marqués Ambrosio de Spínola, jefe de las tropas españolas, salió de Bruselas el 21 de julio de 1624, dividiendo no mucho más tarde en tres columnas al ejército. Eran en total quince tercios, compuestos de ciento noventa y ocho compañías, más otros treinta y nueve escuadrones de caballería; en total unos dieciocho mil hombres. Sin penetrar aún los designios de las fuerzas españolas, Justino de Nassau se prevenía, y cuando supo que el Marqués había llegado a Turnhout acrecentó la guarnición con veinte compañías, pero se deshizo de tres escuadrones, enviándolos a Gertrudenberg, para que tanto caballo no le consumiese el forraje: bastaban, a su juicio, para defender el lugar dos de estas cuarenta y cinco compañías de infantes. A Hauterive, que mandaba a franceses y valones, le encomendó las fortificaciones de la puerta de Ginneken; a Morgan, con sus ingleses, la de Bolduque, y al señor de Lokeren, a quien obedecían flamencos, la de Amberes. Con gran presteza se dedicaron a perfeccionar la fortificación con nuevos reparos.

Entre tanto, llegaba el Marqués Ambrosio Spínola a Gilsen, a dos leguas de la villa. Aún no se hallaba decidido a emprender el sitio.

LOS PARECERES

En Gilsen, Spínola tomó parecer de sus Maestres de Campo y no halló opinión favorable a la empresa. La plaza se hallaba muy fortificada; cuantas veces detuvieran el curso de los ríos, todo el campo se inundaría; la guarnición se había acrecentado con veintiocho compañías de infantería, número desproporcionado con respecto a las fuerzas españolas, y si el enemigo atacara por la espalda, había de provocar una retirada sin gloria o una defensa desigual y temeraria.

Se pensó de momento atacar por sector más vulnerable, pero la idea de Breda persistía en la intención de Ambrosio Spínola, quien,

reuniendo de nuevo a los Maestres de Campo y a algunos Capitanes, les preguntó si podría, a su parecer, tomar Breda por cerco ya que juzgaban imposible ganarla por asalto.

Todos volvieron a exponer las dificultades: no podría hacerlo sino con un gran rodeo por un camino lleno de pantanos inaccesibles; al detener el río los moradores anegarían el otro sector y todo el espacio habría de guarnecerse con fuertes y puestos dotados de una continuidad capaz de estorbar realmente toda comunicación a los de la villa. No había gente en número bastante para repartirla en tantos lugares. Por otra parte, guarnición y vecindario tenían dentro grano suficiente para pasar todo el invierno; mucho trabajo y tiempo costaría rendir por hambre a Villa tan provista, sin contar con la posibilidad de que, con mayor ejército, llegara el enemigo a levantar el sitio, incluso sin necesidad de establecer contacto: simplemente impidiendo el paso a los convoyes de aprovisionamiento. Dada la situación de Breda era más fácil recibir recursos para el enemigo que para las tropas españolas. Los puertos más próximos a Breda eran Sevenberge, Gertrudenberg y Heusden, plazas de los Estados distantes de tres o cuatro horas, sin contar las aldeas, poco más alejadas, que también contaban con el beneficio del mar; en cambio, las ciudades españolas del Rey estaban más lejos: Amberes, Malinas o Lier se hallaban a diez o doce horas y Bolduque o Herental, a nueve, por lo menos.

Sólo uno de los Maestres de Campo prescindió de los razonamientos tácticos y no vió más que el aspecto político de la cuestión. Si se lograba Breda, no podía darse a Mauricio de Nassau golpe más grave. ¿Por qué no intentarlo? No era de creer que lo hubiesen previsto todo de tal modo que no llegara a faltarles en breve algo, dado el número de los defensores. Apretando por hambre a Breda, algún socorro sería necesario que, impedido, daría al traste con la paz interna por la discordia entre soldados y vecinos.

Reconocido el terreno por los Maestres de Campo Don Francisco de Medina, Mateo de Otañez y Don Juan de Medicis, lo hallaron propio para obras y trincheras; buena el agua del río, buenos los bosques y abundantes en forraje los campos y las granjas. La posibilidad de acometer otras empresas con más probabilidad de éxito seguía deteniendo no obstante al ejército, que comenzaba a cansarse de esperar en vano. Crecían las enfermedades y el descontento; se murmuraba; se iniciaban las deserciones; se perdía el tiempo en con-

sultas, idas y venidas. En el campo opuesto triunfaba la caricatura política: en Holanda se representaba una comedia con el título de *Le Boha espagnol*—el Espantajo de España—, y corría por las calles un grabado donde Felipe IV aparecía buscando con una linterna a Breda, y a su lado, el Marqués Ambrosio Spínola rascándose con ambas manos la cabeza, todo ello explicado con versos de carácter satírico. Decíase que Mauricio de Nassau reía tranquilo en la Haya, afirmando que mejor haría el Marqués en abandonar Gilzen por Geel, lugar donde se curaban los locos.

DIVERSIÓN HACIA GRAVE

La inacción se interrumpió, no obstante, a poco: sin perder de vista a la posibilidad de cercar a Breda, se intentaron con éxito otros objetivos, con lo que los de Breda perdieron la tensión de la espera y creyendo en un desistimiento de los españoles, hicieron volver en barcas todo lo que, por salvaguardarlo, se habían llevado a las plazas vecinas; detuvieron la provisión de vituallas y dejaron salir dos naves cargadas de queso, a más de cien bueyes que les habían llegado. En cambio, volvían a introducir en la plaza a las mujeres y a los niños, gente inútil para la guerra que sólo serviría para menear sus bastimentos. La duda entre Grave y Breda, el no saber a cuál de estas plazas se atacaría, o si a ambas a la vez o a otra distinta, intranquilizaba a Mauricio de Nassau, que no sabía por dónde sonaría el primer disparo de arcabuz. Corrió tanto la fama de que era Grave el objetivo español, que el Duque de Bouillon partió para aquella plaza, abandonando Breda; pero puesto el cerco al fin a esta última, halló al regreso cerrados los pasos.

EL COMIENZO DEL CERCO

Se verificó la relación de la gente de guerra—lo que se decía «tomar muestra» el ejército—, se hizo una leva de 6.400 valones, se compraron armas, se llamó de las fortalezas o presidios a los veteranos para que acudieran al campo, sustituyéndolos por otros más bisoños, y, en definitiva, se dispuso el campo para sitiar a Breda. A 28 de agosto de 1624, después de anochecido, ordenó Ambrosio

Spínola a Don Francisco de Medina que con diez escuadrones de caballería y cuatro mil infantes fuese a tomar el puesto de Ginneken, al tiempo que Pablo Baglione, Maestre de Campo de los italianos, se hacía cargo de la aldea de Terheyden, situada frente a la de Ginneken con su tercio, el de escoceses del Conde de Arghil, catorce compañías más, buen golpe de caballería y algunas piezas. Así se ocuparon en una noche los dos costados de la villa más necesarios al sitio, de modo que Breda se vió cercada inopinadamente.

Al amanecer se puso en marcha Spínola desde Gilsen, y llegado a Ginneken a medio día, atalayó desde la torre de la iglesia y escogió los cuarteles. Don Francisco de Medina se había alojado junto a un arroyuelo, donde había un molino de tintorero; allí se atrincheró y añadió otros reparos con tres reductos y un fuerte, cubriéndose la arcabucería entre los setos y guardando el puente sobre el Merk no lejos de la iglesia de Ginneken. Ordenó Spínola a Don Juan de Medicis que fuese a Terheyden y escogiese el puesto conveniente, opinando que debían ocuparse las esclusas con que se retenían las aguas para no dejarlas correr hacia el Merk, así como también el Collado llamado de los Conejos:

Los sitiados sustentaban el caserío de Ginneken, mas por la noche lo abandonaron después de poner fuego a treinta casas. Al otro día, talaron un bosque que llegaba hasta los muros de la villa para que no se cubriesen en él los españoles ni pudieran arrimarse de improviso a las fortificaciones vecinas al castillo. En los días sucesivos hubo algunas escaramuzas contra los que salían a quemar algunas casas y granjas del contorno. Derribaron el molino llamado del Emperador, que estaba en el camino de Terheyden, llevaron el maderamen a la villa y fortificaron el collado en que el molino estuvo. Hicieron afuera cuatro reparos menores con sus cuernos o tenazas, para defensa de los baluartes. Entre tanto los sitiadores fortificaban las aldeas de Ginneken y Terheyden y otros dos pueblos opuestos entre sí, a saber, Teteringen y Terhagen: el primero mandado por el Barón de Balançon, Maestre de Campo de Borgoñones, y el segundo, por el Conde de Isenburg, que lo era de alemanes; cada uno llevaba un tercio a sus órdenes con algunas compañías y la caballería conveniente.

No muy lejos de la aldea de Terheyden se construyó sobre el Merk un puente de barcas afirmadas contra la marea por dos áncoras a popa y a proa, con su estacada. Así se acercaba simultánea-

mente por cuatro partes la villa, llevándose la trinchera de aldea en aldea y de fuerte en fuerte, sin dejar de hacer reductos con intervalo de cuatrocientos o seiscientos pasos, según la disposición del sitio y los caminos. Como extendiendo los brazos para abarcar a Breda, el Marqués Spínola rodeaba poco a poco la plaza partiendo de sus cuatro alojamientos.

El enemigo, que en general asistía sin atacar al avance de las obras, intentó por la puerta de Terhagen una salida, rechazada al cabo de tres horas por el Conde de Isenburg. Entre la aldea de Terhagen y el puente de barcas de Terheyden fué construyéndose un dique de mil quinientos pies de largo para impedir el aprovisionamiento por barcas a la plaza cuando a causa de las avenidas del Merk el llano pudiera hacerse navegable, asegurando de paso la comunicación entre los puestos españoles.

Una serie de medidas de tipo político respondió desde dentro a la voluntad de persistir. Aertssens, la autoridad civil, debía asistir a los Consejos de guerra para aunar las voluntades de soldados y vecinos. Estos debían declarar bajo juramento al magistrado el dinero de que disponían, para prestarlo con destino a la paga de la guarnición y gastos de las obras. Con la suma de 150.000 escudos que así llegaron a reunirse, dióse semanalmente la paga a los soldados; y como ya faltaba la carne y la manteca, empezó a consumirse el queso y el arenque, alimentos que respetaron los vecinos para dejarlo a los combatientes.

En tanto se reforzaba el cerco con veinticinco compañías de alemanes, cada una de trescientos hombres, a más de dos regimientos facilitados por el Duque de Baviera. El 30 de septiembre llegaba al campo de Breda, Ladislao Segismundo, Príncipe de Polonia y Suecia; al entrar de noche en el campamento español se hicieron tres salvas de artillería al tiempo que sonaban las trompetas. Aún no se había disparado cañonazo alguno contra Breda, ni en aquella ocasión fué tampoco ofendida, ya que se había mandado a los artilleros que en las demostraciones de alegría no se causara daño alguno, «dejando pasar las balas por encima del lugar».

Por aquellos días, ocho gentiles hombres franceses que saliendo de Breda procuraron pasar secretamente al campo de Mauricio, fueron cogidos en los pantanos y tratados como huéspedes con toda liberalidad y cortesía, advertidos no obstante de que como no era costumbre dejar pasar sitiados al campo enemigo, se les daba opción

entre trasladarse a Francia o reintegrarse a Breda. Se decidieron por Breda, y fueron acompañados hasta la villa.

PRESENCIA DE MAURICIO DE NASSAU

Por si Mauricio de Nassau se proponía ocupar Oosterhout, quiso Ambrosio Spínola anticipársele y envió al Barón de Beauvois, Maestre de Campo de Borgoñones, con mil cien infantes y quinientos caballos a fortificarlo. Al otro día oyo en efecto las trompetas del enemigo, que se alojó en la aldea de Meede, a dos leguas de Breda. Allí fué a buscarlo Spínola, acampando a tres mil pasos de su campo con siete mil infantes y treinta escuadrones. Con este movimiento quitaba a Mauricio de Nassau toda esperanza de pasar adelante.

Allí había un gran llano o páramo donde se podía disponer el ejército para la batalla. En diversas eminencias se colocaron tropas de caballería y en un cerro—especie de valle natural que se alzaba entre Breda y el llano—siete piezas de artillería, y la infantería tras ella. A la derecha dejó el fuerte en manos de los borgoñones.

Dos días aguardó a Mauricio en orden de batalla, pero Mauricio no acudió, y en vista de esa actitud, el de Spínola ordenó hacer otros cinco fuertes, cerrando con trincheras continuas el espacio que entre ellos quedaba. Hubo desafíos y se batieron entre sí soldados de uno y otro campo, pero no se produjo la batalla. Mauricio afectaba dirigirse a Breda cuando en realidad intentaba apoderarse por sorpresa del castillo de Amberes. Sustituyó las bandas azules y anaranjadas de su gente por bandas rojas como la de los soldados del Rey de España, cubrió los carros con las cruces de Borgoña y dió por consigna a los soldados decir que iban por bastimentos a Amberes. Descubiertos por la guarnición, nada consiguieron en el ataque nocturno y por sorpresa. Fracasada la estratagema, Mauricio se retiró a los veintidós días de su llegada, sin intentar movimiento alguno a favor de los sitiados en Breda.



Breda fortificada con nuevas obras después de la llegada de Spinola (Grabado de la época).

LOS PREPARATIVOS DE MANSFELT (2)

Mansfelt, en tanto, hacía levás en Francia y en Inglaterra; pero las tempestades dificultaron el transporte, que al fin naufragó, salvándose Mansfelt en una chalupa mientras muchos le contaban entre los muertos. Recibía del Rey de Inglaterra la promesa de 14.000 infantes, y mientras hacía leva de algunas compañías en el distrito de Lieja y otras partes, llegaban dos mil alemanes a sus filas.

Había que acrecentar, por consiguiente, el ejército del Rey de España. Por gestión de la Infanta Isabel Clara, el Emperador prometía 3.000 hombres a pie y 2.500 a caballo; el de Baviera 1.000 de caballería y 3.000 infantes, y las Provincias dieron a su tiempo el resto de la gente, según el número que se les había señalado. Tal acrecentamiento de fuerzas exigía asegurar el aprovisionamiento: carros en que pudieran llegar las vituallas y un Capitán que asegurase la conducción en los tiempos y caminos más dificultosos.

EL ABASTECIMIENTO DE LOS SITIADORES

Los carros fueron suministrados, primero, por Brabante y, siguiendo su ejemplo, por Heinault, Artois y Flandes. En Lier se hizo el almacén, donde se centraban las provisiones para llevarlas desde allí al campo. Al mando del conde Enrique de Berghes se puso la mayor parte de la caballería para seguridad de los convoyes.

Todos los días antes que amaneciese, el Conde Enrique ponía en orden los transportes. Luego, enviando por delante a la descubierta algunas tropas a caballo, comenzaba a marchar llevando a vanguardia y a retaguardia piezas de artillería para avisar con sus disparos cualquier intento del enemigo y congregar a la gente donde fuese menester. Cubría los lados del camino con «las alas de la caballería», poniendo los infantes sueltos entre los escuadrones y con el resto aseguraba la retaguardia, marchando en orden de batalla y procu-

(2) Felipe, Conde de Mansfelt, fué en otro tiempo Coronel de la Guardia de Gustavo Adolfo y General del sitio de Riga. Ideó un nuevo tipo de cañón más ligero y de más alcance que los de la época, que hizo fundir en Bruselas, y otro mortero, cuyas bombas de cien libras sobrepasaban en 700 pasos las lanzadas por los morteros corrientes.

rando ir siempre por los caminos mejores para los carros y más seguros contra las emboscadas. Avisado de algún peligro, procuraba que no le acometieran en lugar donde pudiera tener desventaja; hacía alto y resguardaba detrás de los carros la arcabucería. Al partir era el primero, pero luego se quedaba hasta que pasaban todos ante él y seguía caminando con los últimos, aunque los iba adelantando a todos y volvía a retardarse para ser el último que entrase en el alojamiento. Hablaba con los paisanos, se informaba de la situación del enemigo y de los caminos, disponía los centinelas en el lugar preciso, ocupaba los puentes o los destruía, según conviniese, para impedir a los contrarios el paso; ponía de posta a los más rápidos, con orden de tener los caballos enfrenados; enviaba a buscar las gentes que pudieran darle informes y escuchaba a los espías que le avisaban de los movimientos del enemigo, en lo que empleaba una gran suma. Mandaba que de noche hubiese centinelas en todos los pasos, y para que con la costumbre no se aflojase la atención, visitaba de improviso los puestos. Procuraba que sus soldados se portasen correctamente en su relación con el paisanaje, para tenerlo en todo momento propicio. No contento con esto, fortificó los caminos en varios puestos: así fué fortificado Barle, a tres leguas del campo, guarnecido con gente de a pie y un escuadrón de caballería. En Barle quedaba el Conde Enrique: allí dejaba el convoy bajo la custodia de caballería e infantería de refresco, y allí esperaba, cuando el convoy partía, a que volvieran los carros descargados. Otro fuerte había en la aldea de Terleur, otros tres entre Lier, Herenthal y Turnhout, y cuatro en Outturnhout, donde de noche reposaba la gente. Aunque era mucho más largo este camino que el de Hoochstraaten, se juzgó mejor por estar más apartado de los cuarteles enemigos.

La reacción de Mauricio de Nassau se centraba en la destrucción de los alimentos y en el castigo y persecución de quienes los facilitaban. Quitó los hierros a los molinos y deshizo las cervecerías y panaderías, rompiendo hornos y calderas. Así fué grande la carestía de comida: nadie se atrevía a facilitarla ni Spinola a bajarla de precio por temor a ahuyentar a los vendedores. Algunos comían la carne de los caballos muertos cuando en Breda aún se alimentaban con holgura y en los cuarteles del enemigo no faltaba nada, pudiéndoles llegar de tantos puertos.

Para remediar esta situación se dió a los soldados no sólo el pan,

sino también la cerveza, con lo que se hallaron más contentos; la Infanta repartió para los centinelas que habían de cumplir su misión a cielo descubierto seiscientos capotes, y para los demás, 8.000 pares de medias y zapatos. La propaganda, hecha para levantar el ánimo de los sitiados, propalaba que en cuarenta días no había llegado provisión alguna al campo español, con lo que había desertado la mayor parte, y la que quedaba tenía que abandonar el cerco por la debilidad producida ya por la enfermedad, ya por el hambre. Para hacer burla de la necesidad contraria, los de Breda sacaban sus bueyes a pastar a las praderas que junto a los muros quedaban. Todavía estrechó más el Marqués el cerco con objeto de impedir el paso a los sembrados y praderas, con algunos reductos y fuertes y tres baterías: la mayor en Ginneken y las otras dos en Teteringen y Terhagen.

EL ABASTECIMIENTO DE LOS SITIADOS

El tiempo y el estrechísimo cerco, acabó por quebrantar a los sitiados, cuyo manjar más frecuente consistía en pan con aceite de nabos. Empezaron a producirse las deserciones, pero Spínola advirtió, mediante heraldo, que haría volver por la fuerza a la plaza a cuantos salieran de ella, o los haría ahorcar. Puso guardias en todos los lugares por donde mejor podían deslizarse y ofreció premios a quien capturase a alguno. Poco a poco fué usando de más clemencia, pero resultó inexorable con dos campesinos que intentaron llevar recursos a la plaza, amparándose en la oscuridad de la noche, y los hizo ahorcar a la vista de todos.

Mauricio de Nassau vió llegado el momento de socorrer con alimentos a Breda e hizo disponer dieciocho barcas grandes y chatas para que pudieran varar sin peligro en baja marea, con los costados altos y las proas de roble grueso y duro, defendidas por seis mosquetones, ingenios de fuego y mosqueteros escogidos para proteger el grano en barriles que transportaban, así como una cantidad de queso y de tocino. Avisó a los de Breda para que saliesen con algunas naves a acometer el puente y así apercibieron catorce pontones, artillados seis de ellos, capaces para embarcar trescientos soldados en combinación con los seiscientos que saldrían por tierra a reforzarlos.

Avisado Spínola aumentó la gente en Terheyden y guarneció el

dique con una resistente estacada, pero no se produjo el encuentro porque la escasa marea no permitió el paso a los pontones; los soldados hurtaron los alimentos y el trigo comenzó a germinar a favor de las lluvias en el interior de los toneles.

BOMBARDEO DE LA VILLA

Por el mes de noviembre las circunstancias se hacían difíciles dentro de la plaza. Un tudesco llegado del interior de Breda, afirmaba que se comenzaba a comer la carne de los caballos, que no había pan para sesenta días y que deseaban ver batida la plaza por la artillería para poderse entregar con más honroso pretexto. No creía Spínola eficaz el bombardeo contra soldados expertos ni contra burgueses, que pierden con la costumbre el miedo, más consintió en que, desde tres puntos, se batiesen muros y edificios. Sin tocar la campana, hacían la prédica en el templo cada día a diferente hora, y cuando la guardia entraba callaban las músicas militares. No obstante el intenso bombardeo, la esposa de Aertssens, para animar a los burgueses, se paseaba en su coche por las murallas mientras «llovían las balas».

TRABAJOS DE INGENIERÍA

No dormía el enemigo. Pensó alzar un dique que junto a Sevenberge interrumpiese el curso del río Merk, con lo que, inundándose el campo, se formaría un lago que favorecería el aprovisionamiento de Breda y destruiría los cuarteles de los sitiadores. En la noche de Navidad en que dieron principio a la obra, salió Stackenbroeck de Roosendaal con mucha gente para intentar un ataque por sorpresa contra los cuarteles del Conde de Isenburg, pero no logró nada. El hielo impidió por tres días toda actividad en la construcción del dique. Luego pudieron trabajar, mientras por la otra parte hacían esclusas para regular la altura del agua en el llano. Los espías del campo español se hallaban al tanto de las actividades del enemigo e informaban de todo a Ambrosio Spínola que, en las noches de más alta marea, hacía reforzar los cuarteles de Terheyden y Terhagen por donde se temía la acometida. En cambio, cuando bajaban las aguas con el reflujo y volvía el enemigo a su tarea de

construcción del dique, hacía abrir las esclusas de Terheyden, con el fin de que el ímpetu de las aguas le estorbase el trabajo. Por la noche hacía cortar las riberas del Merk por espacio de 5.000 pies, para que las aguas que los enemigos acopiaban con el dique saliesen a los valles vecinos y en cambio fueran atraídas las de la marea para poderlas arrojar él con mayor ímpetu llegado el reflujo sobre la obra ideada por Mauricio de Nassau. Fortificó el dique alzado entre el puente de barcas y Terhagen con nueva y más perfecta empalizada y mandó levantar en él un parapeto para los arcabuceros y un fuerte para alojar la artillería. En el río, a buena distancia una de otra, hizo plantar tercera y cuarta empalizada de fuertes maderos. Ante la última estaba, como haciendo la guardia, una nave llena de pez, resina, estopa y otras materias inflamables preparada para el incendio, con el fin de arrojarse sobre el enemigo llegado el caso y hacer en sus navíos el consiguiente destrozo.

Como los cercados intentaran a su vez hacer diques más altos y más gruesos para contribuir a inundar los cuarteles españoles, el Marqués Spínola comenzó a cavar junto a las murallas de la villa un foso de 2.200 pies de largo, para detener las aguas y meter por allí, en el Merk, todo aquel lago antes de que subiera hacia los alojamientos. Y cuando el dique de los de Breda no estaba acabado todavía, el ímpetu de las aguas detenidas deshizo la obra y desbarató las esclusas y fortificaciones.

Todavía hizo Spínola una gran trinchera exterior de 52.000 pasos de circuito, para que no pudieran hallarle desprevenido con la primavera si llegaba el numeroso ejército que Mansfelt reunía; y para atajar las salidas que podían hacer desde la villa, comenzó otra de menor perímetro que no llegó a acabarse porque antes se rindió la plaza. El ejército de Mansfelt no llegó a atacar; la peste se encargó de él, no bien desembarcado en Gertrudenberg.

EL FRÍO. LA INDISCIPLINA. LAS PRIMERAS INVITACIONES A LA RENDICIÓN

El hielo, la nieve y las inundaciones, hacían más penosa la guerra para sitiadores y sitiados en el mes de marzo, pocos días antes de la primavera. A muchos se les helaron los miembros, algunos murieron en sus guardias; a otros hubo que amputarles pies o manos.

A causa del frío morían los conductores de los carros de aprovisionamiento, cuya llegada regular hacía imposible el estado de los caminos. Las mujeres de los alemanes, corriendo a las granjas, cargaban en hombros con los víveres para sus maridos, llevaban a través de larguísimas distancias la leña, buscaban el forraje, guisaban la comida, lavaban la ropa en los espacios que dejaba libre el hielo...

Cierto villano práctico en los lugares y caminos fué requerido para llevar a Breda manteca, tabaco y queso, fingiendo haber burlado la vigilancia de los centinelas. Por él lograron interceptarse cartas de Justino de Nassau para Mauricio. El espía, a quien se las confiaban, en lugar de llevarlas directamente a su destino las entregaba al Marqués Ambrosio Spínola, que una vez leídas las dejaba seguir para hacer con la respuesta el mismo juego. Viendo por las cartas las pocas provisiones que en la plaza tenían y cuán despacio se movían los socorros, creyó conveniente invitar a la rendición; y el día de Pascua, 30 de marzo, envió secretamente a un mensajero con una misiva ofreciéndoles condiciones honrosas. Pero Justino no aceptó conversación.

De allí a poco, los agentes del enemigo provocaron un incendio en la iglesia de Ginneken, convertida en almacén de víveres, donde se perdieron cuatro mil sacos de harina; pero Spínola pudo reponerlos mientras los holandeses exageraban el hecho con vistas a la propaganda.

La importancia del ejército dificultaba su aprovisionamiento. Vino a faltar el forraje, de modo que los caballos comían hojas secas de los árboles, maleza y paja corrompida. Los soldados extranjeros comenzaban a robar las casas, a asolar las aldeas, a acometer los convoyes como si fueran enemigos: mal ejemplo para los españoles que, hasta aquel día, habían procedido con la posible moderación. El Marqués condenó a muerte a algunos, pero avisó en secreto a sus capitanes para que intercediesen. No cundía menos la indisciplina en el ejército contrario: muchos desertaban, se retiraban a sus casas, abandonaban los estandartes; los franceses de Mansfelt se pasaban al campo español. Hablaban los soldados de Spínola con los sitiados y se tiraban unos a otros, por chanza, tabaco, queso o pan.

LOS ATAQUES DE ENRIQUE DE NASSAU

Murió Mauricio de Nassau y fué elegido para sucederle su hermano Enrique Federico. Cuando llegó el nuevo General al campo, los cercaños, más animosos con la proximidad del socorro, hacían más disparos a los cuarteles sitiadores. Al Marqués Spínola le entró una bala de cañón en su aposento cuando no estaba él, pero otra le llevó el freno de su caballo dejándole en la mano las riendas.

Se produjeron los primeros encuentros. Enrique de Nassau, antes de acercarse, enviando buen golpe de infantería y caballería con algunos artificios de fuego, acometió la torre de Oosterhaut que, guardada por los borgoñones, servía de atalaya, y la incendió sin más consecuencias. A 15 de mayo, después de la media noche, se dispuso a acometer el último cuartel de Terheyden, en lugar difícil. Envió para el asalto a la mosquetería inglesa, gente escogida, que seguida por franceses y alemanes llegaba a sumar la cantidad de seis mil hombres aproximadamente. A la retaguardia iba la artillería gruesa, y al flanco, la caballería.

Al romper el alba mandó el de Orange hacer sonar las cajas por diverso lado para desorientar a sus ocupantes, y tan rápidamente atacó al centinela, que no tuvo lugar para dar el aviso. Dando con gran ímpetu sobre el reducto, donde había un alférez con pocos italianos, los arrojaron de él por medio de granadas, y subiendo a la muralla degollaron a algunos. Poniendo la arcabucería detrás del reducto para defender a los que pasaban más adelante, ganaron la media luna que cubría la puerta del fuerte y procuraban plantar por aquel lado la bandera trepando con pies y manos por el muro. Cuando los italianos que defendían la trinchera del dique de Sevenberge comenzaron a abandonarla, Carlos Roma, Sargento Mayor del tercio del Marqués de Campolataro, envió al Capitán Camilo Felice con su compañía, pero no pudo detener a los que huían. Viéndolo así Carlos Roma tomó la rodela de uno de ellos y poniéndose delante de todos con la espada en la mano, equilibró la pelea, acometió a los ingleses y los hizo retroceder con grandes pérdidas, mientras los que tiraban desde lejos eran destrozados por la artillería que tronaba continuamente. Hicieron en buen orden una retirada digna del ímpetu y el valor con que habían realizado el ataque, y, circunstancia curiosa, ni en la villa ni en los restantes cuarteles de los si-

tiadores se oyó el ruido de la batalla a causa de la contraria dirección del viento, de modo que pudo empezar y terminar sin que Spínola tuviera noticia de ella. Dos emisarios fueron a avisarle, pero no estaba en Ginneken, su alojamiento ordinario, y pasaron de largo por donde en realidad se hallaba.

LA RENDICIÓN

Deseaba Ambrosio Spínola penetrar el pensamiento de Enrique de Nassau, y lo consiguió mediante el emisario mismo que le había hecho posible interceptar las cartas de Maurício. La que ahora enviaba Enrique a Breda preguntaba cuántos días les permitirían resistir los alimentos que tenían. Debían darlo a entender mediante señales, por las luces que encendieran en la torre. Un duplicado de la carta les llegó antes que la carta misma, detenida en el campamento español para su descifrado y lectura, y encendieron once veces: para once días les quedaban víveres.

Por entonces volvía de España el Duque de Baviera y quiso pasar por Breda antes de reintegrarse a su país: hízose salvas con toda la artillería. Visitó las obras, admiró la fortificación y grandeza del sitio y refirió que le había dicho el Rey de Francia, a quien había visto en su regreso, que no creía en la victoria del Marqués sobre Breda. Pero los acontecimientos desmintieron la opinión.

Continuamente huían los franceses de Mansfelt, el socorro enemigo no acababa de llegar a los sitiados, la enfermedad afligía a los defensores, y el tabaco, único remedio que empleaban contra la enfermedad llamada *Scheurbuyck*, costaba 1.200 florines en la cantidad que normalmente se vendía por cuatro escudos. Cuando el Príncipe de Orange creyó haberlo intentado todo, puso fuego a sus alojamientos de la aldea de Durgen, y a 27 de mayo se retiró de noche para Langestraet. Hizo aún más triste la retirada—que lo era por muchas causas—la tempestad de aquella noche, con los grandes torbellinos y aguacero; apenas podían marchar los soldados; la artillería se añollaba en el lodo; los escuadrones se confundían.

Por deseo de Ambrosio Spínola, el Conde Enrique de Berghes, deudo de la casa de Nassau, escribió a Justino invitándole a conversar. Justino respondió que estaba enfermo y rogaba que le dieran noticias del exterior. En efecto, Spínola hizo llegar a Justino

las cartas originales interceptadas por él, escritas en cifra y transcritas. No hizo falta más. Justino prometió tratar si, por su parte, el Marqués le concedía honrosas condiciones.

El 31 de mayo salió a las siete de la mañana de sus cuarteles el Conde Enrique acompañado de la nobleza y envió un heraldo a Justino anunciando su llegada. Detuviéronse los caballeros, y avanzó sólo el Conde con el Secretario Routart. Se encontraron con los Diputados de Breda: de la Case, Sargento Mayor; Dyden, Capitán de la guardia del Príncipe de Orange; el Capitán Zouche, el Drosarte Aertssens, el Burgomaestre y, por último, el Coronel Haute-rive. Se discutieron las condiciones, y solo dos puntos tocantes a la religión se rechazaron; en otro se puso duda, relativo a cuatro cañones y dos morteros que querían sacar con la guarnición, pero el Marqués Spínola decidió no negarles tan modesto deseo.

A primero de junio vino el Capitán Dyden y trajo al Marqués dos copias del acuerdo. Pidieron ciento veinte carros y sesenta barcos para sacar de la plaza sanos y enfermos, con muebles y equipaje. Se les concedieron más, y todas las velas disponibles. Se intercambiaron los rehenes, y Breda quedó rendida a la majestad de Felipe IV, Rey de España.

FINAL

Llegado el momento en que la guarnición había de salir, prohibió el Marqués Ambrosio Spínola toda demostración, ni aun en son de chanza por el estilo que los soldados suelen emplear, pues juzgó que se debía usar modestamente de la victoria. El Conde Hermann de Berghes iba delante con cinco escuadrones de caballería para acompañar hasta Gertruidenberg a los que evacuaban; entre cada diez carros se intercalaban unos cuantos soldados de caballería para custodiar el bagaje. Iba en medio la Infantería rodeando a Justino de Nassau a caballo, acompañado de Carlos Felipe Leconte, uno de los rehenes. Cada Coronel o Capitán marchaba delante de su Regimiento o de su Compañía, que desfilaban a banderas desplegadas y tambor batiente. El Marqués Spínola, acompañado de la nobleza, situado entre las fortificaciones de la villa y la trinchera interior, saludaba cortésmente a cada uno de los capitanes que pasaban y particularmente al Gobernador, Justino de Nassau; ellos inclinaban respetuosamente las banderas.

Viejos modos, antiguos tiempos, caballeresco estilo militar. Cada uno está en un campo distinto, pero no se odian a muerte, ni se insultan, ni toman represalias con el vencido, ni siquiera guardan un silencio hostil. «No se oyó ninguna voz afrentosa de parte a parte —dice la relación de Hermann Hugo—; callados, se sonreían.» El gesto que Ambrosio Spinola adopta en *Las Lanzas* de Velázquez, poniendo amigablemente su mano sobre el hombro del jefe contrario, que a su vez le entrega, inclinado, la llave de la fortaleza, es el símbolo de aquella memorable jornada. Reflexionemos en esto: en nuestra época, que hemos dado en considerar una época de tolerancia, tendríamos que aprender acaso más de lo que en general creemos, de tiempos motejados de más intolerantes y fanáticos que los nuestros.

HUGO, HERMANN. *Obsidio Bredana, armis Philippi IV, auspicio Isabellae ducta, Ambrosii Spinolae perfecta. Antuerpiae 1626.* Versiones: castellana por Sueyro, en Amberes, 1627, inglesa, 1627 y francesa, 1631.

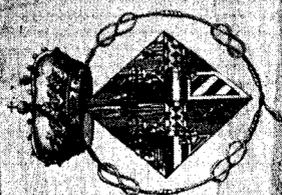
BARRY, GERRAT. *The siege of Breda.* Lovanii, 1627.

HEXHAM, HENRY. *A true and brief relation of the famous siege of Breda.* Delft, 1637.

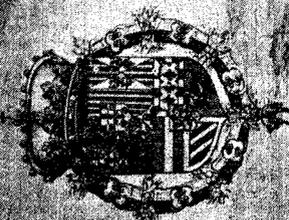
LITHGOW, WILLIAM. *A true and experimental discourse upon the beginning proceeding and victorious event of this last siege of Breda.* London 1637.

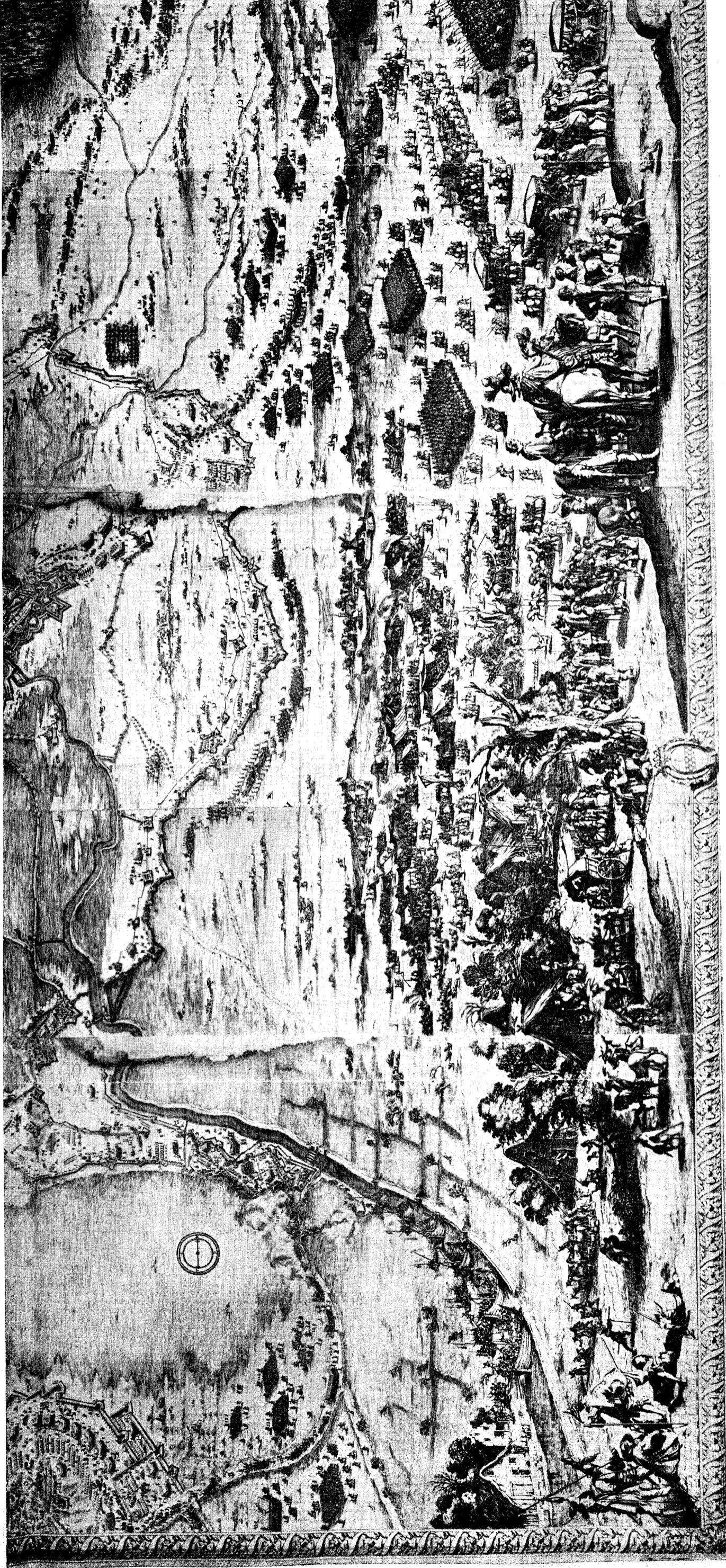
BOXHORN, MARCUS ZUERIUS. *Historia obsidionis Bredae et rerum anno MDCXXXVII gestorum.* Lugduni, 1640.

L'Ordre du siege de la ville de Breda contre les forces espagnoles. Paris 1634.



SIEGE DE BREDA





Mited inferior del grabado de Callot. «El sitio de Breda». (Biblioteca Nacional, Madrid).